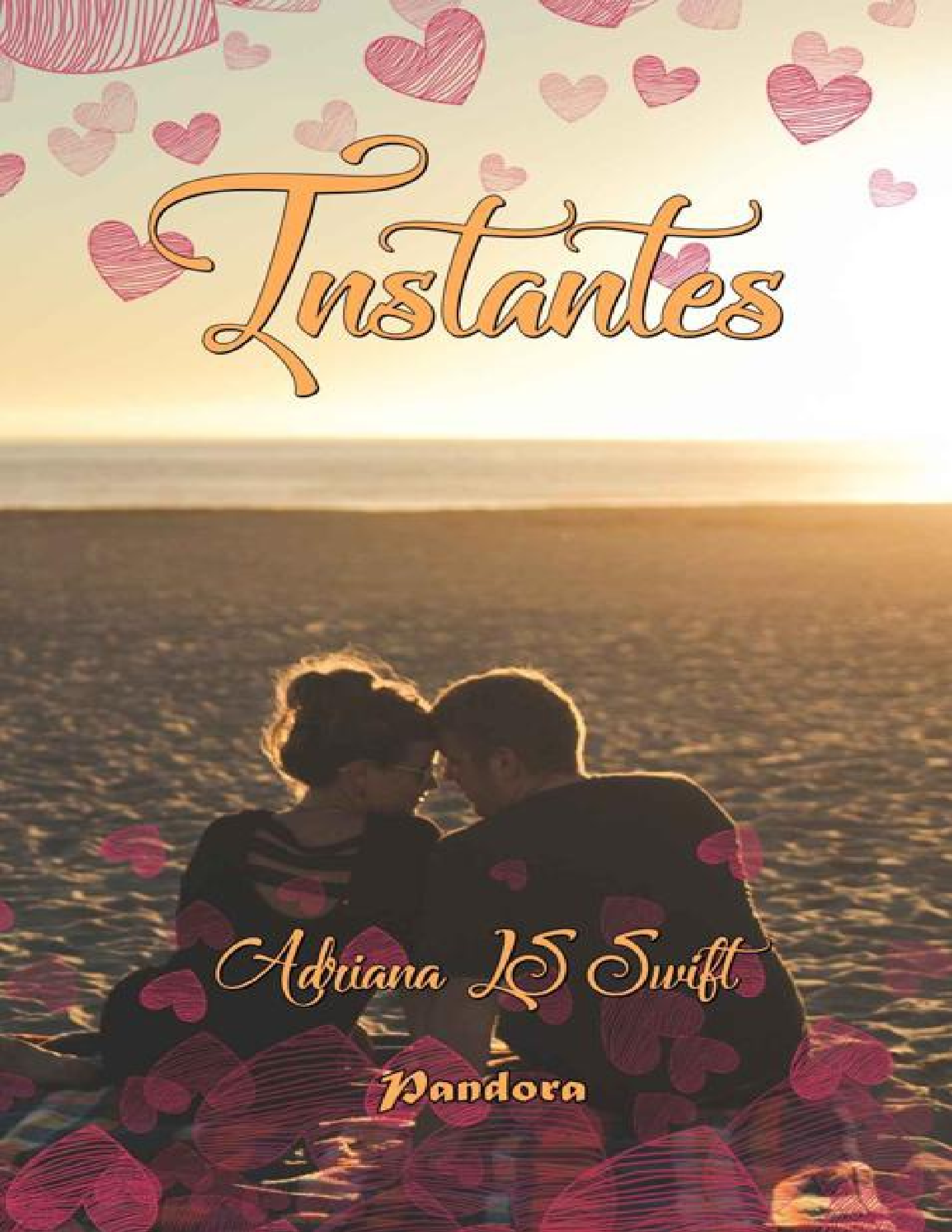


A romantic couple is shown from behind, embracing on a beach at sunset. The sun is low on the horizon, casting a warm, golden glow over the ocean and the couple. The sky is filled with numerous pink hearts of various sizes, some with a hand-drawn, sketched texture. The couple is silhouetted against the bright light of the sunset.

Instantes

Adriana LS Swift

Pandora

Instantes

Instantes

Adriana L.S. Swift

Pandora

©Adriana LS Swift, 2024

©Instantes, 2024

©Pandora Ediciones, 2024

Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)

www.pandoraediciones.com

info@pandoraediciones.com

©Edición de cubierta: Pandora

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: 2024

Registrado en Safe Creative.

Código de registro: 2401216721600

Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Nota de la autora

Hace años que escribí muchos de los textos que publiqué en el anterior libro, Momentos, al igual que los que he recogido en el que tienes ahora en tus manos. En el primero hice una selección totalmente random y dejé muchos fuera. Nada más publicarlo, sentí que los que quedaban tendrían que tener algún día su lugar en otro libro.

Ese momento ha llegado.

Vas a leer a continuación varios fragmentos de prosa sin ningún hilo en común, ya que este libro no es una historia como las que suelo publicar. No hay ningún personaje tampoco, ni una trama. Son sólo pequeños pedazos que a veces me gusta dejar por escrito.

Soy más dramática cuanto más breve es lo que escribo, así que pido perdón de antemano, ya que muchas me relacionáis con los finales felices. Este libro no tiene un final ni una forma concreta de leerlo. Podéis empezar perfectamente por las últimas páginas e ir saltando de unas a otras sin más.

No descarto volver algún día a publicar otro libro similar a este. Por ahora, creo que con dos me doy por satisfecha.

Espero que os gusten estos breves fragmentos tanto como a mí me ha gustado escribirlos.

*A los que pensáis que, a veces,
un instante es toda una vida.*

*“Nos gusta el drama.
Hasta en nuestra comedia, nos gusta el drama”.*

Julianne Moore

Fragmentos

I

Hoy me he topado con un pensamiento al azar. Uno de esos que no crees que puedas pensar nunca más, y de repente, te lo encuentras sin querer rondando por tu mente, extraviado entre otros muchos.

Intenté no hacerle caso, pero ya era tarde: habías captado mi atención con un suceso extraño en primer lugar. No pude por menos que detenerme en aquel sitio, desconocido en principio para mí. Nunca había estado ahí y, sin embargo, creí reconocerlo al instante. Un simple lugar, un rincón en cualquier calle sin importancia. Y fue como encontrarme con mi pasado.

Puede que fuera una sombra o un olor lo que hizo que me detuviera precisamente allí. Ya no me acuerdo cómo frené bruscamente mis pasos y me quedé ahí quieta, sin decir una sola palabra, como si el silencio fuera a responder mis terribles dudas sobre el suceso. Pero el silencio hizo caso omiso de mis preocupaciones y siguió con lo que tan bien se le da, y es estar bien callado. Porque todos solemos intentar hacer siempre lo que mejor se nos da, para no cometer fallos por si acaso, ¿no es así?

Creo que recordé algo. Un sueño quizá. Fue tan sólo una milésima de segundo. Tan poco duró aquel recuerdo, que se ha borrado de nuevo de mi mente. Puede que por vergüenza continué mi camino, sin mirar atrás para volver a ver ese lugar. "Mejor no volver por aquí", fue lo primero que pensé. De eso sí me acuerdo. Y será mejor que lo haga siempre, para no volver a pensar de esa forma en ti.

Hoy cruzaste por mi pensamiento. Ese lugar me trajo algún tipo de recuerdo que no logro entender; tienes más fuerza en mi alma que en mi mente.

Tú, que nunca has sido.

Tú, que paradójicamente siempre serás.

II

Son las siete y parece que el día ha vuelto a madrugar más que yo; siempre he sido algo perezosa. Un rayo salpica mi cama con la frescura de lo nuevo. Abro lentamente los ojos con la ilusión y el miedo de todas las mañanas. Ilusión por estar a tu lado. Miedo de que todo sea un sueño, de que en realidad no estés ahí un día de estos.

Con un ojo entreabierto te miro. Compruebo que mi vida sigue siendo feliz. Y con el alma llena de ti, me acurruco a tu lado, esperando que con el movimiento te desvele y reciba el beso de buenos días, ese que me das creyendo que así me despiertas. Lo siento, te he estado engañando todo este tiempo. En realidad siempre me despierto yo primero para comprobar que todo sigue bien, que continúas ahí, y que todavía mi vida tiene sentido. Es maravillosa esa sensación de bienestar permanente, esa felicidad con aroma afrutado que me embarga en tu presencia.

Te quiero, te quiero tanto...

Y de repente no son las siete. Son las dos de la tarde y sigo en el sofá, con la manta por encima y la televisión encendida. Un olor a alcohol y tabaco inunda toda la estancia. Me doy la vuelta y me vuelvo a dormir. ¿Qué más puedo hacer?

Tenerte en sueños es mi único consuelo. Y, al parecer, de mis sueños no quieres irte.

En ellos todavía soy feliz.

III

Andas desnudando mi mente con tan sólo una mirada. Me partes cuando vienes, me matas cuando te vas. Te veo y quiero arrancarte de mis adentros como puedo, pero apenas te rozo de tan dentro que estás.

Retrocedo en el tiempo impulsada por tu sonrisa. Me quedo anclada en el instante en el que te conocí. Porque revivirlo mil veces al día es decir poco. Ya no encuentro palabras para expresar lo que debería. No existen, no están ni siquiera inventadas.

Vuelves a mí para codiciar mi calma.

Y yo que, sin pedírmela, ya te la he entregado...

IV

Y de repente comenzó a nevar. Porque estas cosas a veces no avisan y te pueden pillar tanto en tu casa al calor del hogar como en mitad de la calle sin un sitio donde ir. Pero siempre es igual. No importa dónde estés o cuándo empiece: el vals de los copos cayendo te incita a salir y sentir de nuevo su tacto impoluto y su frío palpar sobre ti. Necesitas poder comprobar que la vida todavía tiene estas cosas, que hay instantes que quieres guardar en el cajón del alma y este es uno de ellos.

Porque parece que mientras nieva, todo alrededor es más bello y la humanidad algo más inocente. Todavía queremos sentir la ventisca en nuestro rostro, aunque sepamos que podemos sufrir como consecuencia un resfriado o, por lo menos, no entrar luego en calor durante un largo tiempo.

Pero nos da igual y no somos capaces de esperar un segundo para salir fuera, notar que en esta vida que se nos escapa entre los dedos todavía tenemos la capacidad de influir. Y es que lo que nos marca la experiencia de felicidad no es ver caer la nieve a través de la ventana, resguardado del frío y de todo peligro, sino bajar a la calle, sentir cómo los copos nos empapan todo el cuerpo, notar que estamos vivos a pesar de este mundo loco y, sobre todo, ansiamos seguir teniendo esa fe infantil de que, aunque salgamos a la calle sin esperar a ponernos la bufanda y los guantes, no habrá gripe que nos detenga de volver a disfrutar de la nieve de esa forma.

Si no se arriesga, no se gana. Y la nieve que vemos desde el cristal hacia dentro no es la misma que la que cae por fuera.

¿Quién querría arriesgarse a que dejara de nevar cuando por fin saliéramos de casa, solamente por asegurarse de ir bien abrigados?

Y es que muchas veces arriesgarse es lo correcto.

Noto tu ausencia cada día, abriéndose paso en mis entrañas, desgarrándome por dentro y agitándose en mi interior para que la deje salir. Y, sin embargo, siento un grito ahogado visceral, un aullido desesperado de mi alma, que lucha por hacerse hueco a través de todo mi cuerpo, intentando llegar al órgano de la razón que me mantiene alejada de todo y distanciada de la vida misma.

Noto tu ausencia con cada movimiento de mi corazón, que late por desidia y por la rutina que le hace sentirse poco comprendido.

Noto tu ausencia aunque te haya dicho siempre lo contrario. Aunque me haya intentado convencer de que sólo eras uno más, que me olvidaría de ti tarde o temprano. Sé que noto tu ausencia y no sólo es un martilleante dolor en el orgullo herido; ese dolor siempre pasa. Pero el de tu ausencia se mantiene año tras año, sin que pueda ponerle fin de una vez por todas.

Y porque noto tu ausencia, porque sé que te extraño, y te extraño porque te quise, te quiero y te querré, y porque ya basta de engañar al mundo y a mí misma sobre mis sentimientos. Y porque sé que nunca más volveré verte, porque estás a cientos de kilómetros de mí y a miles de mi alma. Y porque mi vida sin ti está completamente vacía y sin sentido, y no tengo ganas de comenzar ningún nuevo proyecto. Porque necesito verte una última vez para poder por lo menos despedirme, pero sé que no podré tener ese último momento contigo. Porque daría lo que fuera por sentirte de nuevo o, por lo menos, verte de lejos pasar por delante de mí, con tu americana y tus vaqueros, con tu mochila, camino de la facultad, con tu libertad a cuestas y tus ganas de comerte el mundo, con esa cara seria que siempre ponías antes de lanzar aquellas sonrisas que tanto añoro.

Noto tu ausencia, puede que porque sé que me queda una eternidad sin ti, y porque sé que soy una cobarde que nunca más dará su brazo a torcer, porque el orgullo me corroe por dentro cada día más.

Notaré tu ausencia toda mi vida, porque hay cosas que, aunque sepamos que se deben olvidar, necesitamos poderlas recordar.

VI

Ayer tuve un sueño. Soñé que soñaba.

Y en el sueño de mi sueño, soñaba que te tenía de nuevo.

¿Contigo tiene que ser todo tan difícil o soy yo que me empeño?

VII

Amagando seguir viva me recuesto en mi cama. Las cuatro de la mañana y el sueño parece haberse perdido entre mis pensamientos. Luces de móviles encendiéndose me distraen de mi ensoñación para, acto seguido, sumirme en la más absoluta de las desazones. Intento apuntar en un papel mental mis reflexiones, ir ordenándolas pacientemente y aclarar algo de todo esto.

Imposible tarea.

No consigo siquiera discernir los buenos de los malos pensamientos. Se mezclan en mi interior ideas absurdas con otras algo más coherentes, que irremediablemente pasan acto seguido a ser mis mayores temores. Y como por arte de magia esos temores se transforman en ideas ridículas, comenzando un ciclo sin fin.

Mi mente quiere evitar el sufrimiento con formas poco acertadas.

Los recuerdos más vívidos desaparecen, dejando salir a la luz aquellos que estaban ocultos, intentando pasar inadvertidos en mi inconsciente. Sorprende el hecho de recordar cosas que creías olvidadas para siempre, aunque sorprende aún más el momento en el que invariablemente se recuerdan las cosas menos indicadas. ¿Aquí? ¿Ahora? Te preguntas sin cesar. Sí, en este mismo instante, en este momento de felicidad te asalta la bruma de la tristeza, la apatía y la ensoñación más cruel. Y gimes rogando a todos los dioses que conoces de oídas que esa bruma desemboque de una vez en la gran tormenta del siglo. Ansías estar en medio y que te parta un rayo para sentir un dolor distinto al habitual.

Y suceden los peores presagios: nada. Esa nada que te está comiendo por dentro, la misma nada que te está volviendo cruel y sarcástica. La misma de siempre, con su mirada vacía y su impasible semblante. Te preguntas qué hacer y resuelves seguir haciendo lo de siempre: nada. Y esas dos nadas luchan tan fieramente que lo único que consigues con el paso del tiempo es que se instalen en tu alma, a modo de okupas. Ya no crees en la justicia y dejas que te devoren viva.

Un día la bruma se despeja, coges aire y suspiras casi en un sueño sumida. Y es entonces cuando te das cuenta de que las nubes sólo han huido para mostrarte más oscuridad que antes, no para dejarte tranquila.

VIII

De pequeños tenemos sueños. Sueños de felicidad absoluta, de no faltarte nunca de nada, de plebeyas que consiguen hacerse amigas de un dragón y mandan a paseo al príncipe de turno, de magia que permite volar hasta donde queramos. Soñamos despiertos, creemos que sólo en unos años se cumplirán todos los sueños.

Pero un día alguien nos despierta de golpe. Puede que sin ningún motivo especial nos hacen ver que esos sueños no existen. Nos obligan casi a olvidarlos por completo, a no volver a tenerlos más.

Son una pérdida de tiempo.

Entonces crecemos rodeados de lo que se hace llamar realidad, un entorno menos propicio que la felicidad que nos daban esos sueños en la infancia. Gente que hace daño, ilusiones que no se cumplen, tristeza emanando de los poros de nuestro ser. Y es que preferimos vernos así a creernos diferentes del resto por seguir teniendo los sueños de la infancia.

Y puede que en un momento de nuestra vida, algo nos recuerde a aquellos sueños. La mirada de una niña en un parque jugando a liberar al dragón que otro niño, fingiendo ser príncipe, tiene cautivo, o la descabellada idea de otro que le advierte a su padre: "papá, ¡es que yo de mayor voy a ser así de feliz!" mientras estira los brazos en cruz. Entonces lo recordamos. Y nos damos cuenta de lo lejos que estamos de alcanzar esas metas que de pequeños pensábamos totalmente alcanzables, sólo por haber olvidado la manera de soñar como solíamos hacerlo.

Nunca es tarde. A veces, y solamente si insistimos mucho en ello, podemos volver a aprender a soñar. Y volvemos al mundo de fantasía en el que todo se vuelve de colores. Volvemos a calzarnos el vestido de guerrera y vamos en busca de nuestro amigo dragón.

Y en el mejor de los casos, si realmente lo deseamos con fuerza, puede que lleguemos a convivir con ese dragoncito por siempre jamás.

IX

Esto es la realidad, me repito una y mil veces a lo largo del día, de la semana, del mes, de los años... Me canso de oírmelo decir tantas veces, pero es inevitable, hay que hacerlo; cuantas más veces, mejor. Si no, correría el peligro de creer que no es más que un mal sueño que pronto acabará y, al despertarme, te veré de nuevo a mi lado, consolándome por el mal rato que he pasado.

Es fácil saber que esto no es ni siquiera un mal sueño. Sólo la pura realidad podría ser tan dura e insoportable. Si por lo menos te viera por un agujerito... Creo que tu presencia calmaba todos mis miedos, tenías un algo para darme ánimos. Pero eso no sucederá ahora que estamos tan lejos.

Desde el primer momento seguiste con tu vida, aunque sospecho por las cosas que me contabas que no te llenaba lo suficiente, que te habías perdido un poco más que yo. Pero sólo son conjeturas, porque tú me decías lo contrario, y recalcabas lo bien que estabas en todo momento. Y aquellas afirmaciones me golpeaban en la cabeza durante días.

Como he dicho, esto es la realidad y no una terrible pesadilla. Tengo un método infalible para demostrar que eso es cierto.

Hubo un tiempo en el que estuve inmersa en un sueño. Uno de esos que hacen que no quieras despertar. De hecho, te olvidas de que estás soñando y ni siquiera te molestas en aprovecharlo lo más que puedas. Piensas que seguirás en ese mundo onírico para siempre.

Pero un día, de repente, me desperté de una forma tan brusca que no pude volver a dormirme y soñar lo mismo. Y me encerré en esta vida que no quiero, en la rutina del no saber de ti nunca más, un encierro en el que no está tu mirada, ni tu sonrisa, ni tu cariño.

El castigo más cruel de todos: la vida sin ti.

X

Cuántas veces he deseado encontrar una palabra tuya en algún lugar, aunque no fuera grata.

Una sola palabra.

Y, sin embargo, encuentro párrafos enteros inesperados de todo el mundo.

Excepto de ti.

XI

Hiciste tu elección. Y me dolió. Dolió mucho, a decir verdad. Fue aquella noche en la que te conocí. Y me lo sigues poniendo muy difícil cada noche que te encuentro.

Intento fingir un papel que nunca antes en mi vida había tenido que fingir. Intento sonreír, hablarte con esa indiferencia tan sutil que me caracteriza. Intento por todos los medios que no te des cuenta, ni ella, de nada. Lo intento, lo intento de veras.

Finjo ser buena celestina, echarme a un lado y dejaros hablar. Finjo que estoy interesada en que la llames, la lleves a casa o cualquier otra estupidez similar que se me ocurra para evitar que mi mirada te haga sospechar otra cosa. Y te disculpo con ella cuando no la llamas, y le digo que será por cualquier tontería que invente en ese momento.

Y no puede ser. Desde el primer instante hiciste tu elección, algo que mi orgullo no deja de recordarme. Y ya no sé por qué entonces hablas más conmigo que con ella, por qué no la llamas siquiera por teléfono en dos semanas, por qué cuando nos vemos te pasas la mayoría del tiempo hablando conmigo, diciéndome que te es inevitable contarme cosas que nunca hubieras dicho a nadie, que te sientes cómodo cuando hablas lo que sea conmigo, preguntándome por aquel chico con el que ella te dijo equivocadamente que yo estaba, acordándote hasta de dónde era él y en qué trabajaba, interesándote de si realmente tenemos algo o sólo somos amigos. No sé por qué tienes que reírte con cada cosa que te digo, aunque no tenga gracia. No entiendo por qué sucede todo esto, si yo solamente quiero irme a casa y no veros juntos.

O lo entiendo, es a lo que tú llamas amistad.

Pero vuelvo un día más a casa, otra noche que acaba igual, otra mañana que se vuelve roja. Ahora sólo hace falta que me llamen confirmándome lo que ya sé. Fingiré una alegría inmensa y dejaré que me cuenten todo con los detalles que requiere la situación, mientras mi orgullo sigue por dentro preguntándome: ¿por qué hizo esa elección?

XII

Puede que ya te haya visto, en alguna parte, y no haya sabido reconocerte. Te habré dejado marchar sin darme cuenta y habré seguido con mi vida como si nada.

Puede que ya te conozca, que hayas estado cerca desde hace tiempo y no haya sabido que las dificultades en el amor se superan, por muy difícil que me parezca, pero por comodidad te haya soltado la mano, la cual tendría que haber aferrado con algo más de fuerza para no caer ambos.

A lo mejor ya te he tenido. Te he tenido y te he perdido por no saber hacer bien las cosas. Puede que te haya tenido en un momento de mi vida que no era el adecuado y te fuiste para no volver. Y aunque crea que eres tú, nunca haré nada por recuperarte, porque con el paso de los años el orgullo se va notando cada vez más.

Puede que te acabe de conocer, que haya sido un encuentro al que no he dado importancia, otro más de tantos que hay al cabo de la vida. Puede que seas tú y yo todavía no me haya percatado de las consecuencias de tu presencia.

O puede que todavía no hayas aparecido, no nos hayamos encontrado en ningún bar, no hayamos coincidido en la biblioteca, en la cafetería, en la oficina, ni hayamos chocado cruzando una esquina. Puede que estés por llegar y yo no sepa esperar el tiempo suficiente. Puede que te confunda con otros cientos que sí han llegado y elija al erróneo, sólo por impaciencia.

Porque nadie lleva colgado al cuello un cartel con el nombre del amor de su vida para poder distinguirlos. Porque si no, no tendría gracia ni sentiríamos tanta alegría al encontrarlo por fin. Porque en el juego del amor, la paciencia prima por encima de la prontitud. Porque no quien antes llega, gana.

Puede que quien más espere, mejor premio conseguirá. Y no olvidemos que el premio es la felicidad.

¿Quién no puede hacer un esfuerzo y esperar un poco más?

XIII

Siempre estás ahí en las sombras, haciendo que no te olvide, colándote en mi inconsciente en forma de sueños y de actos involuntarios que me recuerdan a ti.

Y yo sigo sufriendo por no estar a tu lado, por tener la certeza de que no puedo tenerte aunque lo volviera a intentar. Y sufro porque mi orgullo es más grande que mi amor, y porque sé que tu orgullo es mayor que el mío.

Y porque la vida pasa en un abrir y cerrar de ojos y todo sigue igual.

XIV

Rocío llega a casa a las once y media de la noche. Está cansada, ha sido un duro día de trabajo lidiando con lo mismo de siempre. Todo rutina, ninguna novedad. A veces desea que suceda algo, aunque sea malo y catastrófico, para hacer más variada su vida. Y es que desde hace años siempre es así.

Mientras piensa en todo esto, va sacando la cazuela y el arroz. Se recoge su melena negra y rizada en una coleta para poder cocinar más a gusto.

Ruido de platos en la cocina que amenazan con perder el equilibrio si no se recogen de una vez.

Deja debajo del grifo unos segundos la cazuela hasta que cae la medida exacta. Echa el arroz y lo deja en el fuego, poniéndose a pelar los ajos; adora ese sabor que le da a cualquier comida.

Termina el proceso de pelado de ajos y lo echa todo en la cazuela, comenzando a revolver.

Mientras lo hace, piensa en lo que hubiera sido su vida si hubiera tomado otras decisiones. Si hubiera decidido irse a hacer la carrera que ella quería en vez de sentir pereza y ponerse a trabajar en un supermercado. Si al menos hubiera aceptado esa propuesta de trabajo en Cáceres en una firma de ropa bastante importante. Si en vez de salir aquel día, se hubiera quedado en casa y hubiera evitado conocer a Ramón, el cual tiene ya una orden de alejamiento por malos tratos. Y sobre todo, se intenta imaginar qué hubiera sucedido si hace años, muchos ya como para ser recordados, no hubiera colgado el teléfono a Toño, su querido Toño. Todo por ese maldito orgullo. O qué hubiera pasado si hubiera tenido agallas para volver a llamarle y pedirle perdón. Pero ya no hay remedio. Hace ya mucho de todo esto. Y ya ni siquiera merece la pena tener orgullo, sea con quien sea. Porque la vida de Rocío es monotonía pura y dura, sin nadie con quien hablar al llegar a casa.

Rocío coge un plato y separa del fuego el arroz ya hecho. Se sirve su ración y, de nuevo, como cada noche, se da cuenta de que todavía queda otra más en la cazuela. Una ración que inconscientemente sigue preparando para Toño, como siempre hizo, pero la cual un día más tendrá que acabar tirando. Sabe que Toño no volverá, pero esa costumbre de seguir haciendo comida para dos no es capaz de quitársela, por mucho que ella quiera.

Y se dispone a cenar, a solas, en la penumbra de una cocina verde oliva con poca ventilación, intentando aparentar no estar loca en esta rutina que la aplasta cada día un poco más. Si al menos se volviera loca, ya sería algo diferente que agregar a sus quehaceres diarios.

Pero la vida nunca te da lo que quieres, y Rocío eso lo sabe hace tiempo ya.

Noto ya en sueños que me voy despertando. La luz se cuela por entre las cortinas mal cerradas de la habitación. Al otro lado del tabique se oye a los vecinos encender una cafetera estilo años veinte, con su ruido característico. E inconscientemente un olor a café invade mis sentidos.

Me estiro todavía con los ojos cerrados y noto cómo me abraza por la espalda con cuidado. Entreabro los ojos con la primera frase de la mañana. Buenos días, cariño, me dice dulcemente. Veo las velas apagadas y los vasos de vino de ayer por la noche en el suelo, al lado de la cama.

Ayer hacía medio año que nos habíamos visto por primera vez. Todavía lo recuerdo nítidamente, como si viera la escena a todas horas. Sin saber ni quién era él, mirándole ya desde lejos, se me había parado el corazón por un instante, puede que para coger impulso por lo atareado que estaría de ahí en adelante. El pasillo de la facultad repleto de gente y, sin embargo, durante unos segundos, todo desapareció de mi horizonte de visión. La cena de ayer sirvió para que recordáramos todo aquello.

Y sólo hace medio año.

Todos los días al despertarme intento quedarme unos minutos sin girarme, sin verle directamente a él. Me quedo mirando al infinito, aprovechando estos instantes en los que sé que, en cuanto me gire, él estará ahí. La seguridad que me invade en ese momento hace que me levante de la cama con ganas de comerme el mundo. Es una sensación extraña. Todos imaginamos cómo tiene que ser saber con certeza algo, cualquier cosa, da igual. Yo en ese instante siento una especie de satisfacción de poder por saber que en cuanto me dé la vuelta, él estará ahí, a mi lado, mirándome con esa sonrisa y esos ojos que no dejan de decirme que me adoran, que soy su vida, que es tan feliz como lo soy yo misma.

La impaciente espera hace que él sea quien me gire para volver a besarme, como si ayer no hubiéramos agotado todos los besos de la reserva, como si hiciera una eternidad que no nos veíamos.

Y noto que comienza a girar de nuevo el mundo alrededor de nosotros dos como cada mañana. La radio se enciende a modo de despertador y nos regala la primera melodía del día. Porque hoy es martes, un martes normal y corriente, en el que él tendría que irse temprano a la biblioteca y yo a clase de psicofisiología. Pero hoy nos miramos y sabemos que no podremos movernos en todo el día de casa.

No es factible; hoy no.

Se oyen voces de niños con sus madres yendo al colegio. Van cruzando el parque que

hay justo enfrente. Es hora de desayunar, pero el hambre no aparece. Y de repente noto cómo hemos acaparado toda la felicidad que estaba programada que hoy se repartiera por el edificio entero. Se ha colado por nuestra puerta y ya no puede salir. Hoy el mundo puede caerse bajo nuestros pies. El sol podría reventar y hacer estallar la Tierra en mil pedazos. La desgracia mayor hacer acto de presencia en nuestras vidas. Nada importa.

Yo estoy a su lado; él está a mi lado.

Hoy sé que no tengo más remedio: me quedaré en este instante eterno, enredada en sus sempiternos abrazos.

XVI

Imposible confiar de nuevo en ti. No me lo pidas, ni siquiera lo menciones cuando tantas veces he dado la cara delante de todo el mundo alabando tus cualidades, insistiendo en que no había otro igual.

No puedo, ya no voy a seguir haciéndolo.

Porque te has burlado. Me decías una cosa y hacías la contraria. Y no llego a comprender el porqué de tu actitud. Sólo sé que, aunque me vuelvas a explicar las cosas, yo no podré creerte aun queriendo hacerlo.

La paciencia tiene un límite que tú has malgastado indiscriminadamente.

No me lo pidas, no me pidas que te crea, porque no lo haré. No creeré nada de lo que me digas, aun cuando mi corazón me dice que es cierto, que actúas así por algo que no alcanzo a comprender.

Pero no, no quiero creerte, porque no merece la pena.

Me has engañado por última vez, y por última vez te creí. No vuelvas a contarme tus historias de fantasía y amor, de otoños frente a la chimenea, de ramos de flores espontáneos, de muecas revelando un sinfín de sentimientos.

No.

Nunca más.

XVII

Me siento, bolígrafo en mano, frente a una hoja todavía limpia. E intuyo que ya todo está escrito. Puede que diga mucho más un papel en blanco que todas las palabras que pueda escribir en él.

Nada es suficiente nunca.

No sé por qué sigo escribiendo. No me siento mejor por ello; todo lo contrario. Me siento miserable, desgraciada, patética. Me estoy quedando sin la capacidad del habla de tanto centrarme en la escritura.

Y todo para nada.

Le quiero. Le quiero tanto que no merece la pena esforzarse en explicarlo. Puede que ni yo misma sea capaz de alcanzar a saber qué significan esas palabras. O para qué sirve decirlas. Tenemos el derecho de saber, dirían muchos. Saber. Derecho. Tener el derecho de algo es saber de antemano que no vamos a tener aquello que nos pertenece por ley. Nunca voy a poder decirle que le amo. Tiene todo el derecho de saberlo, lo sé. Pero...

Le quiero, sí, más que a nada en el mundo. Y lo escribo como para evadirme de toda culpa que ello implique. A cada segundo que paso sin estar a su lado es como si no lo hubiera vivido. Y lo peor de todo es que sé que es así como voy a seguir el resto de mi vida. Y todo se convierte en actos voluntarios, con mucho esfuerzo, que realizar como respirar, comer, vivir.

Y ya no los creo tan voluntarios...

Cada vez que pienso en ti, revivo todo lo que vivimos juntos. Y los segundos se me hacen eternos en ese momento.

Y tú te vas. Rehaces tu vida. Olvidas y sigues adelante. Y me gustaría saber cómo lo has logrado. Mi reloj se ha parado hace años y vivo anclada en aquella época llena de besos y risas. No consigo dejarlo atrás. ¿Apatía? ¿Indolencia? Qué más da cómo lo nombres.

Te quiero. El amor es el sentimiento más puro y sincero que existe. ¿Por qué motivo tendría alguien que olvidarse de algo así? ¿Por no ser correspondido? Esa es una actitud egoísta y en el amor algo así no tiene cabida.

Además, ¿qué más da? Tú eres feliz olvidándome y yo recordándote a ti. ¿Qué tiene de malo eso?

Te quiero. Aunque lo escriba mil veces, sé que no te llegará a los oídos nunca.

Lloro amargamente. ¿Y qué? Tú tampoco sabrás de mi dolor.

Ni falta que hace.

XVIII

La vida es como un ciclo sin fin o, más bien, con un fin lejano. Tu vida está llena de situaciones parecidas, aunque no te des cuenta y creas que es única, que todo lo que te pasa es nuevo, que nada se repite, que no hay rutina.

Pero te equivocas. Una y otra vez el destino te pone en las mismas situaciones para divertirse o para que aprendas algo. Y sigues viviéndolo una y otra vez hasta que consigues superar la prueba y pasar al siguiente nivel.

Y continúas conociendo gente. Gente que te importa, a quien querrás, con quien vivirás momentos maravillosos y que, al cabo de un tiempo, queriendo o sin querer, te harán daño. Y tú sigues tropezando en la misma piedra, o en distintas, pero tropezando al fin y al cabo.

Y no se te ocurre pensar que siempre te sucede lo mismo porque no has cambiado la manera de intentar solucionar el problema.

XIX

Llevo años sin dudar de tu existencia, aun con los hechos indudablemente en mi contra. Está claro que te encuentras en un sitio en el que yo todavía no he estado, alejado aún de mí. Pero esa no es razón para dudar de que existas.

Y existes, lo sé.

A veces me pregunto si te he dejado escapar, si ya te habré encontrado y, pensando que no eras tú, he dejado que te fueras de mi lado. Puede que no me haya dado cuenta que ya tenía todo lo que podía esperar de la vida y no haya sabido apreciarlo. Pero me resulta difícil ponerle cara a tu presencia y no creo que esa situación se haya dado ya.

No sé cuánto tiempo tengo que esperar hasta encontrarte, hasta que mis pensamientos se materialicen y sepa de tu existencia. A veces hay que creer en los milagros, por mucho que tarden en llegar. Puede que esos sean los mejores. Pero es tan difícil esa ingrata espera del amor...

Sucede que se me antoja sin sentido seguir creyendo en cuentos de hadas. Son tan irreales y todo el mundo se empeña en hacerme saber que la vida no es del color del arco iris, que como mucho encontraré algún gris en mi vida... Pero ni siquiera un simple verde, o un amarillo apagado. Todo grises. Vivir toda la vida en penumbra por haber renunciado a los sueños de la niñez.

Me niego.

Paciencia, una cualidad poco valorada en estos tiempos de la era tecnológica, en la que tenemos instantáneamente cualquier cosa que deseemos. Y yo aquí, ejerciendo mi derecho de paciencia en toda su extensión. Sé que merecerá la pena, tiene que merecerla.

Tienes que existir en algún sitio, lo sé.

Y por mi emoción, esa que se nota justo antes de los momentos importantes de tu vida, la que sientes sin saber muy bien por qué, pero que te hace un poco más llevadera la vida, por esa emoción que no se me va del corazón, es por lo que sé que debes estar ya muy cerca.

Ya llegas, y todo habrá merecido la pena. Pero no te demores, te espero con lo que me queda de paciencia.

XX

Te busco cada cierto tiempo. Sé que estás ahí, puede que buscándome de la misma forma que yo a ti. O puede que todavía no te hayas dado cuenta que es cuestión de tiempo. No lo sé.

Te imagino a todas horas, cada segundo que pasa, y no te encuentro. Te veo tan nítidamente que es como si fueras real por un instante. Y es cuando todo parece que empieza a encajar.

Sé que existes. Sé que en algún lugar del mundo estás ahí, esperando encontrarme y ser encontrado por fin. Puede que todavía no sea el momento. Otras veces pienso que ya nos hemos visto en alguna parte, pero que todavía no nos hemos mirado de esa forma, de la que tiene que ser. Y que hasta dentro de un tiempo no podremos volver a encontrarnos.

Te quiero sin aún conocerte. Porque sé que eres todo lo que estoy buscando. Porque sé que cuando te tenga delante, sabré que eres tú a quien esperaba. A quien tantas veces he pedido en la oscuridad de mis noches que por fin apareciera para volver a creer en el amor, en ese amor de verdad, en el que se siente incluso en el segundo antes de conocer a esa persona.

El amor que ya siento por ti sin saber siquiera si algún día, por fin, podré abrazarte para siempre.

XXI

Me han encomendado una tarea que sé que no llegaré a hacer. Me han dicho que escriba en un papel lo bueno y lo malo de dejar mi orgullo a un lado y llamarte de nuevo. ¿Es una tarea tan difícil como para tener que sopesar pros y contras?

Como ya he dicho, ni siquiera llegaré a acabar la lista.

Hoy me dijeron que no fuera tonta, que hay que ser valiente en esta vida y luchar por lo que una quiere. Cuántas palabras vacías se pueden llegar a decir sin tan siquiera proponérselo.

Una lista. Algo a lo que la gente pueda aferrarse para decirme que no tiene sentido seguir así. Que le llame, que dé mi brazo a torcer, que le diga que le extraño, que aún sigo enamorada de él.

Conmigo todo eso hace tiempo que dejó de funcionar.

Porque he cedido en tantas ocasiones, y de la misma manera todo se ha echado a perder de una forma estúpida, que ya no busco la oportunidad de volver a hablar contigo. Porque mi lista de pros y contras sería muy desequilibrada y no quiero darme cuenta de ello nunca más. No quiero poner por escrito mi soberana idiotez y tu absurda petulancia.

No merece la pena acomodarse en un resentimiento vano y confundir orgullo con arrogancia.

¿Querría en el fondo llamarte? ¿Podría hacerlo de nuevo? Cientos de veces he marcado tu número en mi teléfono para acto seguido borrarlo sin llamar.

¿Merecería la pena? ¿Merecería la pena ese instante de placer extremo que sentiría al volver a escuchar tu voz rasgada y profunda? ¿Realmente merecería la pena por ese hecho sufrir de nuevo infinitamente más de lo que ya sufro ahora?

Lo peor de todo es que sí que siento que merecería la pena.

Nunca volveré a llamarte, aunque no sienta de nuevo la felicidad en mi vida. Sé que en el momento de descolgar el teléfono me acordaría de aquel día, aquel de sombras inexplicables en el que te juré no volver a llamarte si me colgabas el teléfono.

No me creíste, o tal vez sí.

Pero no puedo.

Hace tiempo hice una lista parecida a la que me piden hoy. Una lista extensa y detallada de pros y contras, decidiendo si llamarte o, por el contrario, pasarme la vida sin ti.

Hoy, sin embargo, la lista ha quedado reducida a tal extremo que no puedo dudar un segundo de mi decisión negativa con respecto a llamarte.

En la columna de los pros se aloja el te extraño, y en los contras el te amo.

XXII

Te voy a contar un secreto. Ya que tú no me lo preguntas, insisto. Te lo voy a decir aunque intuyo que no te importa. Voy a decirte lo que siento y ya sé que tú no tienes ni idea y que piensas que entre amigos todo se sabe, pero no es así.

Voy a decirte algo que llevo pensando mucho tiempo ya. Y es que no soporto que me nombres otra mujer que no sea yo. No puedo evitar ponerme a la defensiva. ¿De verdad no sabes por qué me molesta tanto? Puede que me moleste aún más por el hecho de que ni te das cuenta que me sienta mal. Siempre me hablas como si fuera una más, como si no pasara nada entre nosotros.

Y eso a veces duele.

Sé que no quieres oír todo esto, sé que siempre cambias de tema radical, y de forma exagerada, cuando la conversación se pone interesante para mí, pero aburrida para ti. Da igual. Sé que todo esto no lo vas a leer nunca, puede que por eso haya decidido escribirlo. Pero es cierto: para mí no eres sólo un amigo y nada más. Eres alguien con quien me gusta estar, de quien me molesta que venga a donde vivo y no me avise, alguien de quien no soporto escuchar decir que soy su amiga, alguien de quien le duele oírle decir que no ha encontrado a nadie todavía que le merezca la pena.

Sí, ese alguien eres tú, y aunque nunca te diré la verdad porque sé que arruinaría esta supuesta amistad, a veces necesito desahogarme. Contigo no puedo, intento decírtelo, pero no quieres escucharme.

Puede que no vaya a verte, puede que nunca más nos veamos. Puede que la vida dé tantas vueltas que, cuando tú regreses, sea yo la que me marche. Puede que desde hace años finja tener una amistad contigo cuando realmente a cada palabra que hablamos tengo una necesidad insalvable de decirte que te quiero. Puede que nunca te des cuenta, o te hayas dado cuenta desde siempre y evites esa situación.

Puede que el amor sea difícil, pero no creo que sea necesario complicarlo tanto.

XXIII

Navidad. Siempre me gustó esta época del año. Era un momento del año que disfrutaba: estaba todo iluminado, antes solía nevar y el paisaje que se veía era precioso. Los regalos, las felicitaciones de la gente que quieres... Para qué mentir: también adoraba tener unos días libres de vacaciones.

Navidad, una maravilla. Pero todo eso cambió. Cambió cuando decidiste no volver a casa, ni siquiera avisar que no volverías. ¿Por qué lo hiciste? Desde entonces me culpo a mí misma de todo, pienso que fue culpa mía, que no te supe entender, ni ayudar, y puede que me necesitaras más de lo que yo te ayudé.

¿No supe hacerlo? ¿O te ayudé más de lo que necesitabas? Bueno, a veces esas preguntas ya no merece la pena hacérselas. El caso es que no estás. Pensé que si te dejaba un tiempo de soledad, volverías. Vendrías después de echarme de menos. Sobrevaloré tu amor, tu amistad, todo ello, hacia mí. Ese fue mi error, el acomodarme a que tenías que ser tú quien esta vez diera su brazo a torcer.

Y es que no fue así.

Y desde entonces te pienso, te recuerdo y te añoro. Y en épocas como esta es cuando más extraño que no estés aquí. ¿Cómo superar algo sobre lo que no tienes respuestas? No dejas de darle vueltas, intentando llegar a una solución. La mañana de Navidad no es igual. Regalos, felicitaciones, risas, niños corriendo con sus nuevos juguetes... y yo sin dejar de mirar el teléfono por si te decides a llamar. No necesito un lo siento por tu parte. Ni mucho menos. Sólo un hola, ¿qué tal? O un simple gesto por tu parte. Pero la realidad es que te fuiste para no volver. Y que si hicieras esa improbable llamada y no implicara una disculpa, tampoco me valdría.

Puede que ni siquiera me valiera aunque me pidieras mil disculpas, quién sabe.

Así que seguimos con lo de siempre. Yo aquí, sufriendo las consecuentes fiestas hasta el final, que ansío con fuerza todos los años. Y tú quién sabe dónde, seguramente disfrutando, o en el supuesto caso de que no te gusten tampoco, sé que no tengo nada que ver con ello.

Dolor de no saber de ti. Dolor de solamente poder intuir sobre ti. Dolor navideño, que dura hasta Semana Santa, y se alarga hasta las siguientes navidades... en las que tampoco volverás a casa.

XXIV

Sucede que no se siente nada, no se piensa, no duele, no sabes ni que alguna vez ha dolido.

Se siente como un vacío. El dolor se convierte en indolencia del corazón. Ya nada importa, ya no hay ganas de vivir como antes.

Sucede que al olvidar todo aquello, todas esas sensaciones, todos esos anhelos, tu alma se estanca sin querer salir a flote por ningún motivo.

Y puede que con razón.

Al olvidar —al olvidarte, hablando con propiedad— siento que he perdido parte de mi vida. Comienzo a pensar que prefería sentir ese dolor a haberte olvidado. Ahora echo de menos esa sensación que hacía que se me oprimiera el corazón al recordarte.

Sucede que he podido ampliar el espacio de mi mente y mi alma para albergar a más gente; tú me ocupabas demasiado sitio ya. Y aun así hay un rincón, como un grano de arena pero existe, que quedará sin ocupar por respeto y, para qué negarlo, melancolía.

Una especie de morriña.

Cuando se olvida se te encoje el alma, olvidas también el porqué de tu lucha personal contra el mundo. Crees que ya has llegado a la meta de tus propósitos. E irónicamente es cuando comienzas a perder el rumbo de tu vida.

Olvidar... Indispensable en la tarea de la memoria. Una necesidad para que podamos tener la capacidad de razonar. Otra vez el sarcasmo me aprieta con su soga en mi asfixiado pecho. Contigo olvidé la forma en la que el corazón razona, ahora sólo lo hace con coherencia, lo cual lo deja sin sentido.

¿Qué sucede cuando se olvida? ¿Qué queda después de todo eso? Tranquilidad. Esa tranquilidad que se ve en los enfermos mentales del siglo diecinueve después de realizarles una lobotomía.

Trepanación del alma.

La Nada.

Silencio.

XXV

La noche va cayendo sobre los tejados de las afueras de la ciudad. Un cielo rojizo amenaza con recuerdos de atardeceres de hace años, cuando todavía te acercabas por detrás, me abrazabas y nos quedábamos los dos mirando por la ventana hasta que el sol se escondía por miedo a ser descubierto por la luna a horas intempestivas. Era mi hora preferida del día, cuando con tus pantalones cortos azules te veía coger un libro y tumbarte en la cama, a mi lado, mientras con una mano jugabas con mi pelo.

En la soledad del presente acaricio esos momentos ya vividos mientras el rojizo del cielo desaparece por el horizonte de montañas. Ya nadie me sostiene abrazando mi cintura. Me vuelvo hacia la cama y la veo desierta, triste y abatida sin ti.

Mi corazón está vacío de esperanza, que es el último paso en esta vida.

Y, sin embargo, sigo viviendo. Con millones de atardeceres martirizándome cada día, con su rojizo bostezar, con el martilleante recuerdo de tu amor pasado, con ese sinsabor que deja siempre el desamor.

Con la suave brisa de un suspiro en mi alma, que deja paso a tu inquietante presencia, voy dejando que Morfeo me atrape y me lleve a tu lado por unos instantes nada más. Porque en sueños sé que tú también me encuentras, y puede que por lo menos en sueños pienses en el qué hubiera pasado si tan odioso.

Y puede, sólo puede, que alguna mañana te despiertes sobresaltado y envuelto en sudor. Que sientas una angustia injustificada por algo tan nimio como un sueño. Un sueño de un atardecer en casa, con tu pantalón azul de andar por casa, abrazándome antes de irnos a la cama. Un sueño que a simple vista no debería sobresaltar a nadie con su presencia, pero puede que a ti se te mueva algo por dentro. Y aunque sea por una fracción de segundo, comprendas lo que yo siento cada amanecer de estos últimos años.

Ya se vislumbra la luna en el cielo todavía dorado. Se oyen cohetes y una verbena a lo lejos. La vida sigue y yo me rindo a lo inevitable. Y mientras mi inconsciente me proporciona la droga de todas las noches, te veo a lo lejos, en un mundo onírico casi perfecto, acercarte como siempre.

Y me preparo para volver a ser feliz solamente en sueños.

XXVI

Y me he quedado aquí, afiliada a tus momentos, a tus silencios y sonrisas, sin pensar que puede haber un mundo fuera de todo ello. Porque no veo más allá de esas palabras que hacen que mi vida tiemble, agitándose sin fin en una marejada de deseos torpemente explicados.

Te tengo enfrente y la sensación de dejar todo sin decir me perturba más que de costumbre. No soy capaz de explicarte qué sucede, qué ronda en mi cabeza desde hace varias semanas. Te miro y mi mente se vacía para dar forma a mi alma.

Mil palabras no articuladas mueren en los labios de quien más tiene que decir.

Pero ni una sola pregunta asoma al exterior para sosegar el estado de inquietud que me asalta constantemente. Y tú, que no te sientes preguntado, dejas las respuestas en simple retórica. Por pura indolencia nos dejamos sin concluir, en un óleo sobre lienzo que no acaba de cuajar.

Porque ya se sabe que las prisas no son buenas, pero la eterna espera acaba por hacer que nada llegue jamás.

XXVII

Si ves una estrella fugaz, pide un deseo, que se te cumplirá.

He oído decir esto miles de veces. Cuando era pequeña, me imaginaba a alguien montado en estrellas fugaces, yendo y viniendo toda la noche, corriendo de un lado al otro del cielo. Me imaginaba a mí misma montada en una de ellas, pidiendo a cada segundo todos los deseos del mundo, como en La Historia Interminable.

Nunca vi una estrella fugaz de pequeña y, aun así, soñaba con verlas todas las noches. Cuando quería algo, siempre me quedaba mirando al cielo desde mi ventana, esperando que apareciera mi genio de la lámpara particular.

Pero yo es que de pequeña tenía mucha imaginación.

Luego creces y estudias las cosas que más te llaman la atención. Y como la astronomía era una de las muchas cosas que me gustaban, leía cosas sobre ello de vez en cuando. Fue entonces cuando me enteré de que las estrellas fugaces no existían. Que no son estrellas siquiera, son meteoros que pasan muy cerca de la Tierra. Que los que dejan una estela al pasar se llaman bólidos. Y que aunque pidas mil deseos, no tienen por qué cumplirse sólo por ver algo en el cielo.

Y de repente, después de veinticinco años sin haber sabido lo que era una estrella fugaz, miro al cielo y me encuentro observando una. Una luz que recorría rápidamente el cielo, dejando tras de sí una pequeña estela. Unos segundos nada más y todo el conocimiento que tenía sobre el tema se esfumó. Algo verdaderamente hermoso cruzó delante de mí por el cielo y de repente volví a ser pequeña.

Y sin proponérmelo, pedí casi sin querer un deseo. Un deseo de esos que tienes guardados en el cajón de la no esperanza y nunca lo sacas cuando alguien te dice aquello de si te dejaran pedir un deseo, ¿qué pedirías? porque sabes que no se va a hacer realidad, así que, ¿para qué desperdiciar un deseo? Pues bien, mi deseo quedó plasmado en el cielo nocturno del verano, se lo llevó en unas décimas de segundo un bólido seguramente.

Y desapareció tan pronto como había llegado.

Lo curioso del tema es que dos días después, sin haberle dado mayor importancia al asunto, soñé con algo relacionado con mi deseo.

Creo que la estrella fugaz lo único que ha podido concederme fue unos momentos de un sueño y no de realidad.

Si las estrellas fugaces no son tal, los deseos lanzados no pueden cumplirse más que en algo irreal.

XXVIII

Quiero hacer un último esfuerzo. Ese que se hace cuando ves ya la línea de meta, o el que intentas en los cinco minutos finales de un examen. Porque la ocasión lo merece.

Porque me merezco decirte adiós.

Te he querido infinitamente, hasta que ese infinito desafió las leyes de la física y se redujo; en esta vida no se puede dar nada por supuesto.

Me gustaría seguir pensando en ti, recordarte siempre. Pero no soy capaz siquiera de estremecerme como antes al oír tu nombre. Un telón de indiferencia ha caído ante mí y no deja que pueda verte con los mismos ojos que antes.

Intento sentir dolor. Sí, porque eso querría decir que algo queda dentro de mí. Puede que por eso esté escribiéndotelo; así solía desahogarme cuando me quemaba el alma por ti.

Pero ya no es así.

No comprendo cómo de la noche a la mañana me he acostumbrado a no querer hablarte, a no querer pensar en ti. Pensé que hasta olvidarte me iba a doler. Puede que haya sentido demasiado por ti y ya no me queden sentimientos que darte. Te los has llevado todos y, sin embargo, no me siento vacía.

Me esfuerzo en mirar en mi interior para encontrar un resquicio de ti. Un recuerdo, una mirada, una caricia. Nada. La mente en blanco.

Y el corazón, aliviado, suspira.

No, no me duele siquiera haberte olvidado. Por primera vez en muchos años me siento feliz y con ganas de empezar de nuevo. Me sorprende lo fácil que ha sido dejar de pensar en ti; tenía una idea muy equivocada. Ahora puedo hacer eso a lo que la gente llama hacer borrón y cuenta nueva.

Porque siento que tengo fuerzas.

Creo que soy demasiado radical diciendo que te he olvidado. Matizaré diciendo que te he olvidado, pero te sigo recordando.

Recuerdo que fui muy feliz contigo, que te quise hasta la locura, y sé que tú también me quisiste a mí. Ahora sonrío al pensar en ello. Porque le agradezco al destino que haya puesto en mi camino todo aquello. Y porque, al igual que me dio a conocer lo feliz que se puede ser al lado de alguien, la pasada noche me susurró que te escribiera estas últimas palabras de despedida.

Porque ya he aprendido lo que es el amor, el dolor, el arrepentimiento, la aceptación. Y tras esta última etapa, me esperaba la recompensa final.

Sólo te pido una última cosa: olvídame, sí, pero sigue recordándome.

XXIX

Anoche volví a verte.

Te vi tan sólo de refilón en uno de mis sueños. Soñaba con verdes campos, con carreras en primavera, pies descalzos y rocío en la hierba de colinas interminables. El sol no dejaba distinguir ninguna cosa a cierta distancia.

Y de repente te vi pasar. Fue como un déjà vu en un sueño. Una sombra de realidad. Sólo pasabas por allí, a cierta distancia, sin más pretensiones que las de pasear e irte lejos; lo presentí. Llegué a pensar incluso en sueños, que en ese mismo instante estabas soñando tú también y que, sin querer, te colaste en mi sueño mientras tú soñabas el tuyo.

Al despertar quise llamarte. Volver a oír tu voz de nuevo, preguntarte qué habías soñado esa noche, corroborar que estábamos conectados después de tanto. No pude llamarte. No lo hago desde hace mucho ya. Y tú tampoco. Y sin embargo me invade desde hace tiempo la misma sensación que hace años cuando, cada vez que dejábamos de vernos, sabía que tenía que llamarte, o verte, o saber de ti.

Y, como por arte de magia, sucedía.

Mire donde mire, parece que el universo ha colgado el cartel de ocupado y se encuentra manos a la obra en esta cuestión.

Tu nombre por todas partes, alusiones a tu ciudad de origen, a la de tu destino reciente, a tu trabajo, colegios con el nombre de la calle en la que vivimos, conversaciones que oigo por la calle con el mismo contenido que otras ya pasadas. Y es que la locura me invade cada cierto tiempo.

Y no puedo hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, y aun sabiendo que sólo te veo en sueños, presiento algo extraño, algo que me atenaza día y noche. Algo que hace que te vea pasar en sueños por mi lado. Algo a lo que la gente llama sexto sentido, el cual me induce a volver a soñar hoy por la noche y buscarte en sueños, preguntarte qué sucede, confesarte que te amo —sí, porque es un sueño, y cuando despiertes, quedará todo en el mismo— y despertar a la mañana siguiente con la misma sensación de inexistencia que noto cada segundo de vida hasta que, después de encontrarnos más de dos y de tres veces en tus sueños, ese algo que presiento suceda.

Esta noche volveré a verte. Pero esta vez no te dejaré pasar de largo sin más; tendré que retenerte.

XXX

Te encuentro en todas partes, como si emergieras del mismo libro. Aquí, en hojas llenas de números y cifras con un significado relativo. Mientras busco la relación de las variables halladas, encuentro segundos vacíos de datos en donde te incrustas para marcharte solamente cuando lo crees oportuno.

Y el caso es que empiezo a pensar que para ti nunca es buen momento para irse.

Llueve en la calle y en mi mente. Lluvia e ideas, mala combinación. Desde aquí diviso varios paraguas abiertos sobre las cabezas de la gente.

¿Por qué todavía no se ha inventado algo para protegernos de recuerdos dolorosos?

Doy un trago al vaso medio lleno —la maldición del optimista— y apuro su contenido sin tan siquiera darme cuenta. Sigo viendo todo nublado, aunque ahora me consuelo pensando que es por la ingesta de alcohol.

Entre datos de regresión y correlación, chi cuadrados y contingencias, variables dicotómicas y dicotomizadas, vuelves a mí. Y es irónico que, después de cinco vasos de ron, razone más que sin ellos, pero ahora recuerdo por qué pienso en ti con tanta insistencia al estudiar este tema. Y es que la última vez que abrí este libro fue en tu presencia. Hasta noto una especie de calor a mi lado, como si estuvieras todavía aquí, sentado conmigo, susurrando poco a poco la solución del problema matemático en el que intento concentrarme.

No es así.

Miro a mi alrededor y me veo rodeada de gente y a la vez sola en mi rincón. Y nadie me susurra ninguna solución a ningún problema.

Creo que fuiste tú el único que acertabas todas las respuestas.

Llegará el día del examen, de la prueba final, y auguro desgracias y fracasos. Lo mismo que cuando dejaste de susurrarme al oído y te alejaste de mí. No hay que ser adivina para hacer un pronóstico de este tipo. Por lo menos me queda otra oportunidad. Para aprobar los exámenes, claro.

La vida no es tan condescendiente como la universidad.

Ahora comprendo por qué es tan buena la etapa de estudiante. Aunque no lo consigo, intento aprovecharla como has hecho tú sin darte ni cuenta.

Bendita ignorancia.

XXXI

Me rasga el alma cada segundo de recuerdo sobre ti, cada instante en el que respiré tu mismo aire.

Cierro los ojos y los aprieto tan fuertemente que empiezo a marearme del dolor, pero no puedo retenerte ni en recuerdos. Son fugaces, como lo fue tu amor. O puede que no lo fuera tanto. Por lo menos en mis sueños no fue así, aunque ya se sabe que del inconsciente mejor no fiarse demasiado.

Una melodía resuena en mi cabeza. Me martillea cada pensamiento que no es sobre ti y hace que, invariablemente, mi mente fluya hacia esa época en la que estuve a tu lado. Los recuerdos vienen como flashes que brillan incandescentemente y sin pausa durante unos instantes hasta que consigo volver a deshacerme de ellos, implantando el realismo en mis sentimientos. Se desvanece poco a poco la fantasía de volver a tenerte y recobro fuerzas para seguir en el mundo un día más.

Ni siquiera tú puedes imaginarte un sufrimiento como el mío. Tú, con tu sensibilidad, esa que llevas por bandera. No te haces una idea de lo que puede llegar a ser saber con certeza que se ha tenido todo en esta vida y todo, de repente, se ha ido para no volver. Que fue hace ya lo suficiente como para no confiar en cuentos de hadas y varitas mágicas que todo lo arreglan.

Y es lo suficientemente triste acordarme de ti con una canción que no te recuerda a mí lo más mínimo como para saber que no se puede caer más bajo. Y cuanto más bajo se cae, más orgullo y dolor afloran a la superficie. Nada se sostiene con esas dos cosas salvo el sufrimiento, que ya va para largo su estancia costosa en mi morada.

Te he mantenido tan alejado tanto tiempo que no sé ni siquiera si todavía me recuerdas. Si todavía usas esa americana de pana para salir los días de invierno. Si te sigues echando aquella colonia afrutada que inundaba cualquier sitio en el que estabas. Si sigues gastando ese aire de comerte el mundo por el día y por las noches te empapas de poesía novel. Si todavía conservas los ideales de solidaridad que tanto me gustaban de ti y si te sigue apasionando todavía encontrar ese detalle insospechado que cada uno tenemos guardado en lo más profundo de nuestro ser. Puede que todavía sigas preparándote croissants con embutido al microondas para comerlo por la calle, o eso me gusta imaginar, no sé.

Puede que nunca tenga el valor suficiente para confesarte todo esto. Sé que nunca querrás escucharlo y puede que por eso sigo dándole vueltas al asunto una y otra vez durante todos los días de mi existencia. Puede que en estos momentos seas feliz con alguien y yo siga siéndolo sólo en mis sueños. Seguramente te siga asustando ser demasiado feliz y poder perderlo, y por eso huyas de todo lo bueno que pueda sucederte.

Puede que esto ni siquiera me sirva de desahogo y sólo haga que agravar mi dolencia.

Y es que la melancolía es mala consejera en noches de insomnio, en las cuales siguen resonando melodías y momentos del pasado que nunca damos importancia salvo cuando ya no están. Puede que todo esto sea una burla del destino, que escondido en una esquina se ríe de mí, pues tuve todo en su día y nunca llegué a creérmelo del todo.

Llueven lágrimas de soledad sobre los tejados de la ciudad, que me avisan de otro invierno de nocturnas miradas al pasado, cegándome cualquier indicio de felicidad.

XXXII

Ya estoy tumbada en la cama, con el pijama puesto. La lámpara apagada y como único punto de luz, la pantalla del ordenador. Intentaba dormir. Cerrar los ojos y descansar después de un largo día sin hacer gran cosa, pero agotador.

Pero cuando me dispuse a entregarme a los brazos de Morfeo, una sombra planeó encima de mi cabeza e hizo que despertara con un brusco movimiento. Eras tú, que te acercabas con la calma de la luna iluminando mis recuerdos. Eras tú, aquel a quien ya casi odio de tanto haberle amado, por quien más he sufrido y a quien más he respetado. E impasible te acercas a mi cama todas las noches a perturbar mi sueño.

Unas veces apareces de forma violenta, arremetiendo contra mí de la manera en la que lo solías hacer en la realidad, haciéndome daño de la única forma que se puede hacer en estos casos: la indiferencia. Pero otras veces, ¡las más crueles! te regocijas instando a mi inconsciente a que imagine escenas que podrían ser y no serán nunca. Un encuentro casual, una charla postergada hace tantos años ya, un roce de tu piel en mi piel, tu risa enterrada en mi alma hace ya demasiado como para ser recordada.

En el primero de los casos me despierto dolida, contigo y conmigo misma, asqueada por tener que ser tan sinceros mis sueños y no dejar que vuele mi imaginación ni en ese período de descanso mental. Pero en el segundo caso... Me condenas a un infierno de despertar, a un darme cuenta que sólo puedo tener eso en sueños, percatarme de que, cuando abra los ojos, desaparecerás.

Y justo en el instante antes de despertar, ese en el que se duda si se está soñando o se está a punto de volver a la rutina diaria, un dilema me asalta. ¿Quiero realmente despertar? ¿Quiero notar una mañana más tu insistente y dolorosa ausencia? ¿Quiero darme cuenta por enésima vez que tú eres el pasado y nunca querrás ser presente ni, mucho menos, parte de mi futuro?

Me debato entre dormir eternamente o prometerme no volver a soñar jamás. Y tanto lo uno como lo otro, al no ser factible, hacen que mi desesperación crezca hasta que mi corazón estalle. Y es en ese momento cuando irremediabilmente abro los ojos llenos de lágrimas antes de poder darme cuenta que ya estoy de nuevo en el mundo real.

Es mejor vivir la realidad que vivir en una mentira o en un sueño eterno. Y yo me pregunto, ¿eso cuándo es verdad? ¿Cuando la vida supera con creces los sueños y te sientes más feliz fuera de ellos o cuando te encuentras hastiada y te falta aquella persona fundamental para ser feliz?

Seré razonable y seguiré despertando cada mañana, dejando que te vayas hasta la próxima noche de amargura. Pero seguiré deseando ser irracional y sumergirme en un sueño eterno.

Una carta jamás enviada

¿Cómo se empieza una carta que jamás enviarás? ¿Que sabes que nunca será leída por el destinatario? En algo así no tiene por qué haber saludos cordiales ni socialmente correctos, podemos saltarnos ese paso sin problema, ¿no es así? Podría comenzar directamente diciendo que te odio, o te amo, y nadie se sorprendería. Porque es una carta, sí, es cierto, pero no es una al uso.

¿Cómo tendría que pensar ahora en ti? ¿De qué manera tiene mi mente y mi alma que reconocerte? ¿Lo harían en la vida real? Seguramente no. Podría encontrarte en cualquier parte, en un sitio que no me esperara o en otro en donde incluso hemos pasado horas juntos, los dos, y puede que mis ojos no fueran capaz de mandar siquiera la imagen más allá de mis retinas. Mi cuerpo entero bloquearía tu presencia para no estallar en mil pedazos.

O en un millón.

Es curioso. Contigo en mi mente es con el único que consigo escribir de esta forma. Con nadie más. Ni siquiera cuando lo he intentado fervientemente. Ha habido alguna ocasión en la que he sentido que tenía que escribir algo parecido pensando en otra persona por el mero hecho de demostrarme a mí misma que puedo ser capaz de hacerlo, que no eres tú quien tiene la exclusividad en esta parcela de mi vida. Y he tratado durante horas, y días, de escribir algo parecido sobre cualquiera de los que te sucedieron. Nada. Mis palabras no tenían alma. Las releía y sabía que eran sólo palabras. Sin embargo, cuando tú cruzas mi alma, cada letra se convierte en una astilla que rasga mis entrañas.

Querría preguntarte si sigues bien o qué sucede en tu vida, cómo te han ido las cosas y si has conseguido todo lo que te proponías, pero serían preguntas lanzadas al puro vacío. Y en realidad no quiero saber nada, prefiero vivir en la ignorancia y poder inventarte a mi gusto una vida que, dependiendo del día, es mejor o peor, más parecida a la mía o totalmente distinta.

¿Habrás pensado en mí alguna vez en todos estos años? Y esa pregunta me la hago a mí misma. Seguramente la respuesta sea no, igual que yo no lo hago con la mayoría de gente que me he cruzado en la vida. Casi doy gracias si recuerdo al menos el nombre de muchas de esas personas. Y ahora el terror me invade, pensando que puede que tú no recuerdes ni mi nombre y que yo, sin embargo, recuerdo hasta el más mínimo detalle sobre ti.

¿Sabes? Hace unos años creí volver a verte. Ahora no recuerdo bien cómo fue aquello, porque mi mente lo racionalizó y me dije a mí misma que no eras tú, que no podía ser. En un país distinto, en una pequeña tienda, alguien como tú pasó por mi lado mientras yo entablaba una conversación con la dependienta. Mi mente aplastó mi corazón contra el mostrador y de repente sentí la necesidad de decirle a aquella chica que algo me dolía por dentro. Quise contarle nuestra historia, nuestra estúpida e infantil historia llena de red flags y de tanta basura emocional que

hasta una desconocida como ella me habría dicho que estábamos mejor como hasta ahora: distanciados por completo, sin saber nada el uno del otro, sin buscarnos ni en redes, sin tratar de tropezarnos.

El caso es que mis ojos creyeron verte, o puede que fuera un golem. Por un instante mi corazón latió de forma caótica y mi vista se nubló hasta hacerme dudar de si me iba a desmayar. No lo hice, por suerte, porque no sabía pedir ayuda en checo, así que habría sido un desastre. Seguí charlando con esa dependienta, aferrándome a esa conversación como jamás lo había hecho a ningún acto que fuera mínimamente social. Tú, o el golem, te fuiste de allí y no volví la vista siquiera. ¿Miedo? ¿A qué?

En realidad, ¿qué más da ya?

Si esto fuera una carta y supiera que la leerías, no te contaría que volví al lugar en donde vivimos aquellos meses. No me atrevería a poner negro sobre blanco que ya no te sentí allí, que ese lugar seguía intacto, como si el tiempo no hubiera pasado, pero, sin embargo, no quería dejarte habitar ese espacio nunca más. Otras historias lo hacían, historias creadas precisamente para alejarte de mi mente, y así quería que siguiera siendo. Fue una prueba de fuego y conseguí pasarla. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza, pero nada sucedió. Ni una lágrima, ni un sentimiento de culpabilidad. La nada de nuevo. Esa nada que a veces duele más que la presencia del doloroso recuerdo.

El caso es que esto podría ser una carta. Lo es, de hecho, aunque, como ya he dicho, no al uso. Pero podría serlo. Podría intentar que la leyeras de alguna forma, y seguro que, si me esfuerzo, conseguiría dar con ello. Podría hacer que te llegara, y puede que tú la leyeras por mera curiosidad, porque ya nada de todo lo que escribo en ella importa. Sí que podría ser factible todo esto, lo sé, pero no sería sano. Aquella dependencia emocional tan dañina terminó hace tiempo, aunque no a la vez que lo nuestro.

Mi vida cambió con tu ausencia y ojalá no lo hubiera hecho.

Debería terminar esta especie de carta despidiéndome de ti para siempre. ¿Por qué, si no, la he comenzado? Pero llegados a este punto, quiero ser sincera conmigo misma. Sé que seguirás estando en mis recuerdos como algo a lo que querría volver en sueños, pero de lo que huiría en la vida real; he aprendido lo suficiente como para reconocer la toxicidad. Me tendría que avergonzar reconocer que volvería a ser una tonta adolescente en tu presencia y que a lo mejor no sería capaz de llevar a la práctica todo lo aprendido en la vida. Lo bueno es que nunca tendré que probar mi teoría.

Lo malo es que jamás volveré a sentir algo así en mi vida.

Sí, me despido, muy bien, no me alargaré más. Ya son más de las dos de la madrugada y todavía me quedan cosas por hacer. Guardaré esta carta en la caja en donde escondí todo lo que me recordaba a ti, aunque ya ni sepa dónde la he dejado. Fue como cerrar con llave una caja y tirarla al fondo del mar. La llave, ojalá poder haber hecho eso también con la caja. O haberle prendido fuego para no tener ninguna probabilidad de encontrarme con todos esos recuerdos en el futuro, cuando crea que ya los tengo olvidados y superados, para darme cuenta que ni de lejos lo he logrado.

¿Me despido ya? ¿De quién? Ya lo hice de ti en su día, de forma horrible, además. Igual que tú de mí. Qué le vamos a hacer. Así es la vida, ¿verdad?

Sólo me queda decirte, decirme, que si alguna vez volvemos a vernos, si el destino es tan cruel como para volver a reunirnos a escasos metros de distancia el uno del otro, ambos nos giremos y, al menos, nos saludemos.

Y cerremos el infierno de círculo tóxico en el que un día entramos y que jamás deberíamos haber siquiera abierto.

Postdata: ¿Por qué siento que hay partes en esta carta en donde no estoy siendo sincera y por qué sigo sin atreverme a serlo?

Agradecimientos

A quienes siguen leyendo mis libros, porque el trabajo de escritora deja de ser solitario para llenarse de palabras compartidas.

A quienes están a mi lado —aunque no de forma física— cada día, dándome un amor que jamás pensé que recibiría. Atte, Paty, os quiero infinito; no sé si os podéis imaginar cuánto. Ojalá os hubiera podido tener toda mi vida y no sólo desde hace pocos años.

A quienes amáis el amor por encima de todas las cosas. Espero que seáis todavía los suficientes como para no poder nombrar a todos en unas pocas páginas.

